

La misión de la mujer en la Iglesia

María Albendea Solís

Presidenta-Delegada de Manos Unidad – Sevilla

Nos dice el Papa Francisco en la exhortación *Evangelii Gaudium* que “*La Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición y unas capacidades peculiares que suelen ser más propias de las mujeres que de los varones*” (EG 103)

“*Sensibilidad, intuición y unas capacidades peculiares*”. Siguiendo estas palabras del Papa Francisco en dicha exhortación, vemos como la mujer de hoy no necesita hablar demasiado ni luchar con agresividad por su papel en la iglesia y en la sociedad. Le basta con su actuación, con su testimonio. De ello es testigo la larga historia de la Iglesia donde vemos ese aporte específico de la feminidad, no en contra de lo masculino sino complementándolo. Diferencias, pero en la unidad. Ahí es donde reside la verdadera comunión.

Hace pocos días –el pasado 29 de abril- celebramos la fiesta de Santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia y copatrona de Europa. Una santa que ya en el siglo XIV mostró con sus virtudes la valía femenina; su pasión por la Iglesia que fue en realidad pasión por Cristo; su gran intuición, su corazón maternal, su prudencia, el brío en el corazón, la dulzura en la expresión, su energía en el mandato... Todas estas virtudes muy necesarias para el desempeño de la misión a la que somos llamadas las mujeres en la iglesia y en la sociedad.

La misión y la vocación no la elegimos nosotras. Es una llamada de Dios y podemos en nuestra libertad negarla o no querer verla, o bien aceptarla y seguirla. Esta llamada viene de lo alto:

“*Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación...*” (*Gaudium et Spes*, 10)

La máxima vocación es al amor. Experimentar el amor, dar la vida por amor, amar y ser amado. Esta historia de amor tiene un principio: Somos hijos de Dios. Dios nos ha amado primero. La vocación de la mujer en la Iglesia parte de la experiencia bautismal. Tras un recorrido de preparación, que puede ser anterior, pero en general es posterior al mismo, la mujer renace en el bautismo como una nueva Eva para cumplir la misión que el Espíritu Santo le indica. Este Espíritu, derramado en ella, le permitirá -ni más ni menos- que hacer ya de este mundo el inicio de una nueva creación. El “pasó lo viejo, todo es nuevo”, es el primer anuncio de este Pente-

costés, que, desde aquel primero en Jerusalén, seguimos celebrando cada año por estas fechas. Así, en el reciente Congreso Nacional de Laicos, anunciado como “un nuevo Pentecostés” se nos invitaba a vivir la pertenencia a la iglesia, nuestra vocación, de mujeres y de hombres, como “Iglesia en salida”. Esta nueva creación –suscitada por el Espíritu Santo– supone una nueva forma de relacionarse con nosotros mismos, con nuestra familia y entorno más cercano, con nuestros grupos y parroquias, con la sociedad en la que vivimos, y con toda la humanidad que se engloba en la que llamamos nuestra “casa común” (*Laudato si*).

La Resurrección de Cristo ha inaugurado un nuevo tiempo del que somos protagonistas junto con Él, resucitado, vivo y entre nosotros “hasta el final de mundo”. Estamos unidos a Él y actuamos como un cuerpo, donde siendo Él la cabeza, cada uno de nosotros, también la mujer, tiene su vocación, que no es más que una vocación al servicio, una vocación al amor, como hemos dicho anteriormente. Cumplir plenamente esta vocación es la misión que se nos ha dado. Es una vocación en libertad, pero también en responsabilidad.

En el Evangelio aparece la figura de una mujer que pierde en su casa una moneda de gran valor y tras buscarla con gran esfuerzo, cuando al encuentra llama a todas las vecinas con gran alegría y les cuenta lo sucedido (Lc 15, 8-10).

Esta mujer de la parábola, nos representa a todas nosotras. Primero, darse cuenta de que algo se nos ha perdido, algo nos falta, algo de gran valor. Lo siguiente es la búsqueda incansable. Para luego, encontrar la valiosa moneda, un tesoro en nuestra vida. Una vez que ya lo hemos encontrado, nadie nos lo tiene que decir. Nuestra misión será comunicar la alegría de esta buena noticia. Este camino que se representa en el pasaje evangélico refleja muy bien el camino de nuestra vida como mujer en la Iglesia y en la sociedad.

Todo empieza con la escucha de la primera predicación o kerigma, seguido de un encuentro personal con Jesucristo vivo y resucitado. ¿Nos acordamos de este anuncio y de este primer encuentro? Es el primer amor del que habla el papa Francisco. Volver al primer amor para empezar de nuevo. Volver a Galilea, porque allí lo veremos...

Mi Galilea, yo la sé, la conozco, me acuerdo de ella. Hago memoria. Desde la primera infancia y en mi juventud, en una familia cristiana... ¿Y vosotros, identificáis esa “Galilea”? Una tierra salpicada por montes y por un generoso lago, lugar donde escuchamos a Jesús predicar y hacer milagros. Son los momentos de nuestra vida en la juventud y en la madurez en la que experimentamos fuertemente la presencia de Cristo en los acontecimientos, no solo de alegría sino también en los difíciles y dolorosos.

Primer amor seguido de otros encuentros con el Señor. Y una petición del Maestro: “Id de dos en dos a predicar el Evangelio...”

En mi caso, el “de dos en dos” se traduce en la vocación al matrimonio cristiano. Una sola carne, para siempre y en fidelidad. Abiertos a la vida. Acompañados por la gracia del sacramento, hemos recorrido esta vocación en la Iglesia juntos. La misión se ha expresado en formar una familia con cuatro hijos.

Construir una Iglesia doméstica, transmitir la fe a los hijos, es una misión en la que todavía estamos inmersos. Recibir a los hijos y educarlos es una misión que dura toda la vida. Esta es una vocación y misión de mujer en la iglesia y en la sociedad.

Evangelizar como esposos, como padres. Pero también evangelizar en la Iglesia participando como catequistas de los sacramentos, ayudando a jóvenes que quieren casarse, a los padres que llevan a sus hijos a bautizarse, a adultos que quieren crecer en la fe... y crecer con ellos también nosotros. Vocación a darse al otro y a los otros. Personas cercanas y también lejanas, a quienes Dios pone delante nuestra. A la escucha de las necesidades que la Iglesia nos presenta.

Hemos hablado del bautismo. Toda esta misión como bautizadas, viene expresada en nuestro ser de sacerdotes, profetas y reyes.

“Los fieles laicos participan en el oficio sacerdotal, por el que Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la cruz y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad para gloria del Padre. Incorporados a Jesucristo, los bautizados están unidos a él y a su sacrificio en el ofrecimiento de sí mismos y de todas sus actividades” (Christifideles laici, 14).

Ofrecernos a nosotras mismas como mujeres y ofrecer nuestras actividades y sacrificios. Sacrificio entendiéndolo no tanto como sufrimiento sino como hacer sagrado todo lo que hacemos.

La mujer tiene un papel esencial de sacerdote ofreciéndose ella misma como sacrificio a Dios. La mujer, al igual que el hombre *“no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (Gaudium et Spes, 24)*. Sacrificar es “hacer bendito” algo.

Ser madre. Aquí el sacrificio es inherente al hecho de ser madre, porque se recibe a un hijo, sí, pero también algo de nosotras se “gasta” con el darse como madres. Es un dar la vida que va más allá de unas noches sin dormir o de perder la figura o de dejar el trabajo para quedarse en casa con la educación de los hijos. Es también luchar contra una sociedad que no entiende el papel de madre, en casa o bien de esposa abierta a la vida e intentando vivir plenamente su vocación de coparticipes de la creación con Dios.

Somos profetas porque anunciamos el amor de Dios:

“Profetizar significa expresar con la palabra y con la vida “las maravillas de Dios”. Toda vocación tiene un sentido profundamente personal y profético. Entendida así la vocación, lo que es personalmente femenino adquiere una medida nueva: la medida de las maravillas de Dios de las que la mujer es sujeto vivo y testigo insustituible” (Mulieris Dignitatem, 16).

Anunciar el amor de Dios, en primer lugar, a los hijos. Ellos reciben el primer anuncio de su madre. Un primer anuncio del amor de Dios a través de las oraciones infantiles desde la cuna, los primeros días de ver la luz, como dice la encíclica *Lumen Fidei*, *“la fe está vinculada a la escucha”*. Este primer anuncio pone en primera persona al que habla y también al que escucha. Un amor que además se anuncia con el testimonio de entrega en su total dependencia y confianza en los brazos de su madre. Poco a poco se va presentando este amor que salva, en el marco de la vida familiar junto con el padre y los hermanos...

Y la mujer anuncia el amor de Dios también como esposa. Ya hemos hablado de mostrar a la sociedad “una sola carne” y un matrimonio abierto a la vida. El camino del matrimonio que pasa por el camino que éste recorre en la iglesia y en la sociedad. El matrimonio, la mujer esposa, evangeliza siendo lo que es, mostrando el amor de Dios que se manifiesta en el amor de los esposos. Amor acompañado de perdón, servicio, acción de gracias, consuelo... la llamada a vivir las bienaventuranzas.

“Sacerdote, profeta y rey”. El rey que busca el bien común. Que toma su realeza como un servicio y no como un privilegio. El rey que hace de su reino un “reino de justicia y de paz”. Aquí la mujer es capaz de denunciar las desigualdades y las injusticias. Se pone junto a la verdad. Como decía Santa Catalina de Siena *“No se admiten debilidades ni ternuras femeninas en el cumplimiento de la voluntad de Dios”*.

En mi caso, atendiendo la solicitud de la iglesia para participar en la delegación de Manos Unidas en Sevilla. Hacerme eco de las necesidades del mundo. Trabajar para crear un mundo más habitable, más justo, más fraterno... Un mundo en el que nadie es extraño o alejado. Un

rey que trae las noticias del Rey con mayúscula, del Rey Dios. La realeza que hace de puente entre Dios y toda su creación, entre el Padre Dios y todas las personas, especialmente los más pobres e indefensos.

Termino con una conclusión. Se me preguntaba sobre mi “vocación y misión como mujer en la Iglesia y en la sociedad”. La mujer tiene como misión esencial hoy en la iglesia y en la sociedad la misma que todos los cristianos, que todos los bautizados. Nuestra urgencia y misión la evangelización. Un mundo tan castigado por el hambre, las desigualdades y ahora con esta pandemia del covid-19, un mundo que necesita escuchar una buena noticia. En mi caso, evangelizar y anunciar la buena noticia como esposa, como madre y comprometida en la sociedad. Muchas gracias.